

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

28 de marzo, 1, 2, 3 de abril de 2021

MD 2021 / 5

Ha resucitado de entre los
muertos y va por delante
de vosotros a Galilea Mateo 28,7

Domingo de Ramos / B
Jueves Santo
Viernes Santo
Vigilia Pascual / B



¿EXEQUIAS CON O SIN MISA?

El número de noviembre de la revista Liturgia y Espiritualidad (2020/11) dedica buena parte de su contenido a las exequias. Dos de los artículos incluyen en su reflexión el tema de las exequias con o sin misa, interesante y actual. Son los artículos de Narciso-Jesús Lorenzo Leal («La salvación de Jesucristo en las oraciones por los difuntos») y de José Manuel Villar Suárez («Celebración de las exequias en domingo»). Reproducimos aquí la parte de dichos artículos que hacen referencia al tema que nos ocupa, a la vez que recomendamos su lectura completa, así como de toda la revista LyE.

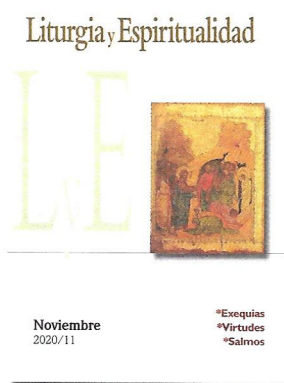
(Del artículo *La salvación de Jesucristo en las oraciones por los difuntos*)

¿Exequias con o sin misa?

Otro elemento de confusión y que en algunos lugares se aborda, no desde la naturaleza misma de las exequias, sino desde las posibilidades de atención pastoral, cada vez menores en casi todas las diócesis, es el hecho de creer que la única y auténtica celebración exequial es la misa de funeral. Cuando esta no se puede tener, parece que las exequias no hubieran sido completas. Atendamos a las formas de celebración exequial, como recoge el Ritual de Exequias, después de las secuencias de la forma típica: estación en casa del difunto, procesión hasta la iglesia, estación en la iglesia, misa exequial o liturgia de la Palabra, luego la procesión al cementerio y el último adiós al cuerpo del difunto. Y la más habitual, sobre todo porque este proceder es inviable en un ámbito urbano, el llamado *rito simplificado*: reci-

bimiento del difunto en el atrio de la iglesia y sigue la misa exequial o liturgia de la Palabra y, finalmente, el último adiós al cuerpo del difunto. Se advierte claramente que en la iglesia puede tenerse la misa o la celebración de la Palabra.

Por tanto, la misa exequial no es esencial, aunque sea, como lo es para todas las circunstancias más importantes de la existencia humana, la manifestación de fe y santificación más importante. Las exequias tienen una entidad propia, una ritualidad completa, con o sin la Eucaristía, aunque la Eucaristía sea la acción propiciatoria más importante de la intercesión de la Iglesia. Lo que no quiere decir que tenga necesariamente que formar parte de la liturgia exequial. Pueden darse situaciones en que o no se pueda o no se deba celebrar en el mismo momento de las exequias. No perdamos de vista que en toda acción litúrgica Cristo se hace presente como Salvador, y en todas, a su modo se celebra su Misterio Pascual.



(Del artículo *Celebración de las exequias en domingo*)

Teniendo esto en cuenta nos encontramos con varias llamadas de atención

La *primera llamada de atención* resulta precisamente de esta costumbre, es hora de separar la celebración de la Eucaristía, celebración y oración por excelencia del pueblo cristiano, de cualquier acontecimiento donde sí tendremos mucho público pero... ¿fieles? o meramente participantes de un acto social que lo único que pretenden es consolar a la familia, humanamente hablando, y «estar de cuerpo presente» en unos ritos en los cuales no participan activamente e incluso no entienden ni celebran. El ritual de exequias lo contempla con genuina transparencia y ya, en muchos lugares, se despiden a los difuntos fuera de la celebración de la Eucaristía.

La *segunda llamada de atención* viene dada por el hecho de que las exequias pueden estar, en caso de extrema necesidad, incluso dirigidas por un ministro no ordenado. Ello nos puede ayudar a comprender la identidad ritual de las exequias que no necesariamente forman un todo con la misa. Atendamos a la riqueza de las secuencias del Ritual que nos ofrece dos modelos según las posibilidades: *Forma típica* con: 1. Estación en casa del difunto; 2. Procesión a la iglesia; 3. Estación en la iglesia, misa exequial o liturgia de la Palabra; 4. Procesión al cementerio; 5. Sepultura.

Y el llamado *rito simplificado*, que la necesidad va imponiendo, poco a poco, en muchísimos lugares, en el cual la celebración se inicia en la puerta del

templo con la recepción del cuerpo del difunto que es conducido hasta al pie del presbiterio, mirando hacia el altar recordando como asistía y participaba en la asamblea litúrgica. Acto seguido se enciende el cirio pascual, recordando la esperanza en la resurrección que Cristo nos trae, colocándolo a los pies del difunto, que es la Luz que orienta su caminar hacia Dios. A continuación una breve letanía de intercesión por el difunto, lamentablemente omitida en muchos lugares. Sigue la liturgia de la Palabra y la oración de los fieles. Una vez llegados a este punto, se ora con la oración que nos une como hermanos, el Padrenuestro, y se lleva a cabo el rito de despedida donde, el que preside, pide a Dios el perdón de los pecados del difunto y, recordando el bautismo que lo unió al pueblo de Dios se asperge con agua bendita (e incluso, si se puede, se incienso el cuerpo) recordando su dignidad de Hijo de Dios. Luego tiene lugar una larga oración final en la cual se pide a Dios que abra las puertas del cielo al difunto y a los que estamos aquí nos dé el consuelo y la esperanza. Finalmente, el cuerpo del difunto es conducido al cementerio, donde recibe cristiana sepultura. Allí, si es posible, se hará una breve oración. Ciertamente que la Eucaristía no es un elemento de relleno, se debe celebrar la misa exequial, que es el sufragio más importante por el difunto, pero no necesariamente forma un todo con los demás ritos, y se puede tener en otro momento.

Tener en cuenta la identidad de las exequias en sí mismas nos ayuda, pues, a valorar la propia sacramentalidad de la liturgia exequial. Y cuando la necesi-

dad lo imponga, que lo va a imponer más pronto que tarde, nos hace ver que estas pueden celebrarse así por el sacerdote, y si no hay sacerdote ser presididas por un diácono, y si no lo hubiere, ser dirigidas, con las oportunas acomodaciones, por un ministro laico. No cabe duda de que, conocer mejor la liturgia, significa reformular nuestras mentes e incluso algunos intereses no pastorales sino de otra índole, amén de una formación seria de los mismos ministros ordenados y del pueblo fiel. La experiencia nos dice que nos cuesta más

a los ministros ordenados que al pueblo ir asumiendo estas formas de actuación.

La *tercera llamada de atención* resulta de no estar inventando nada nuevo sino rompiendo algunas costumbres a las que hemos dado la categoría de *norma*. Solamente mirar hacia los países de misión inicial, allí donde un ministro ordenado atiende grandes superficies con muchas comunidades cristianas o pocas pero dispersas... y comprobar cómo las Exequias son presididas por religiosos, religiosas, catequistas, etc.

Algunos materiales de MD para Semana Santa

Recordamos que disponemos de dos carteles:

- Semana Santa (Tiempos Litúrgicos, 8)
- Triduo Pascual (Tiempos Litúrgicos, 6)

Y también una serie de Hojas verdes que se pueden usar en sesiones de formación litúrgica, en grupos de adultos, catequistas, responsables de las celebraciones... También se pueden fotocopiar y repartir a los fieles. Entre otros, mencionamos aquí algunos de ellos:

- Signos y símbolos de Semana Santa (Año cristiano, 16)
- Jueves Santo (Año cristiano, 18)
- Viernes Santo (Año cristiano, 19)
- Vigilia Pascual (Año cristiano, 20)
- El triduo pascual (Oración, 50)

Recordamos también que la propuesta de todos los cantos para Semana Santa está recogida en la hoja verde «Cantos para las celebraciones de Semana Santa» (Año cristiano, 53), que se puede encontrar en este enlace: <https://bit.ly/2Xv3AGH>

También disponemos del libro *Semana Santa. Las celebraciones* (Dossiers CPL 137) que ofrece todos los textos e indicaciones de aquellas partes de las celebraciones que no se realizan desde el ambón o el altar (más información en la Hoja de Novedades).





Ha resucitado de entre los muertos
y va por delante de vosotros a Galilea

Mateo 28,7

Cada Semana Santa tenemos una nueva oportunidad para contemplar la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, para acercarnos de su mano al Misterio Pascual. Todo aquel que lo intenta con un corazón humilde, puede coger la mano de quien va por delante de nosotros y dirigirse hacia donde más anhela nuestro corazón: a la casa del Padre.

Aquel niño, débil y frágil, que nació en el pesebre amenazado de muerte, consiguió mostrar al mundo que el camino del amor es el único que puede colmar nuestros deseos de plenitud y felicidad.

Domingo de Ramos. La Semana Santa la inaugura el domingo en el que el pueblo de Israel grita al unísono «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Marc 11,9). Pero el mismo día también nos orienta hacia la pasión del Señor, pues el que viene es el siervo sufriente anunciado por Isaías, el profeta de la esperanza.

Jueves Santo. Hoy hacemos memoria de la Cena de la nueva Pascua, donde Jesús anticipa su entrega final e instituye la Eucaristía. Dejémonos sorprender por dos momentos que solo celebramos hoy: el lavatorio de los pies, que vincula la entrega de Jesús con el servicio a los hermanos; y la reserva del Santísimo Sacramento, que permite la comunión al día siguiente y la adoración del Señor.





Viernes Santo. El Viernes Santo se fija en la Pascua del Cordero degollado. Jesús, habiendo amado hasta el extremo, se entrega en la Cruz. No celebramos la Eucaristía, pero sí entramos en comunión con Él. El pan consagrado en la Última Cena, es el cuerpo entregado por nosotros, alimento espiritual que nutre nuestra vida y posibilita nuestra esperanza.

Sábado Santo. Tras la muerte de Cristo, el mundo se queda sin su hermano mayor. Desorientado. Desolado. Reina el silencio. Tan solo el consuelo de nuestra madre, María, puede llenar el vacío que sentimos hoy.

Vigilia Pascual. Celebramos la resurrección del Señor. El fuego inicial enciende el cirio pascual que destaca el triunfo del resucitado sobre las tinieblas que intentan reinar en este mundo. La Palabra nos invita a unir nuestra historia con la historia de salvación. El agua bautismal hace germinar los brotes nuevos del tronco de Jesús y fortalece a los sarmientos ya existentes para que permanezcan unidos a la vid. La mesa de la Eucaristía, finalmente, permite el encuentro con quien nos amó primero.

LAS PALABRAS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Últimamente fijamos la atención en las palabras de la *institución* de la Eucaristía. Por eso esta breve aportación, que parte de un estudio del monje de Montserrat Adalbert Franquesa sobre las palabras de la *institución* en las reuniones del *Consilium ad Exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*, publicado en *Mysterium et Ministerium. Miscelánea en honor del profesor Ignacio Oñatibia Audela en su 75º cumpleaños* (págs. 229-230).

Si comparamos los relatos de la Última Cena y el relato de la institución, nos damos cuenta de que las palabras del Señor en los evangelios sinópticos y en Pablo son diferentes y las varias liturgias las combinan diversamente.

Los encargados de confeccionar las palabras que decir en el relato de la institución de las nuevas plegarias eucarísticas y del Canon romano, solo se fijaron en unas palabras concretas y no en todas las que nos han transmitido los relatos de la institución de la Última Cena de Jesús, el modelo de referencia (el *tipo* puesto). Precisamente se fijan en las que, fruto de la escolástica, se cree que son la forma de la materia. Y no se fijan en las palabras sobre el cáliz que Marcos y su paralelo en Mateo añaden inmediatamente (Mc 14,25; Mt 26,29). Palabras que también encontramos en Lucas al empezar la Última Cena (Lc 22,17-18), palabras de acción de gracias que dan sentido al banquete, anticipación del banquete del Reino,

que expresa la victoria sobre el mal y la muerte.

Marcos 14,25: «En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».

Mateo 26,29: «Y os digo que desde ahora ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre».

Lucas 22,17-18: Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la *acción de gracias*, dijo: «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios».

Y hay que lamentarlo porque suprimíendolas se pierde el carácter convivial de la Eucaristía, su referencia al banquete del Reino, una vez vencida la muerte y aniquilado el mal. Precisamente el modelo dejado por Jesús en la Última Cena nos sitúa ante su presencia (*divina*), nos une a su sacrificio de amor y nos hace catar el banquete del Reino (elemento convivial y comunal).

El padre Franquesa, como secretario del grupo redaccional, comenta algunas de las propuestas de las palabras sobre el vino, que omiten o no, la palabra *cáliz*. Precisamente la referencia al cáliz apunta a la alianza sellada en la sangre de Cristo y en el banquete del Reino. La propuesta del obispo Boudon que omite el cáliz era: «Hic

sanguis meus Novi Testamenti qui pro vobis et multis effundetur in remissionem peccatorum»; y se fundamenta en tres razones: 1) son las palabras de Mateo y Marcos; 2) se encuentran en las liturgias orientales; 3) Son más inteligibles y aptas para la pastoral. Pero también está la propuesta de Martimort que defiende mencionar el *calix*, por dos razones: apunta hacia la pasión y tiene un sentido escatológico (apunta hacia el modelo dejado por Jesús). Jounel también quería conservar la palabra *calix*, como signo privilegiado de unidad y de amor fraternal (también evoca al modelo dejado por Jesús). Max Thurian, como observador ecuménico, también se inclinaba por no omitir *calix*, ya que la copa tiene un sentido escatológico.

La votación solemne de las palabras sobre la copa se hizo en una sesión del *Consilium* (19 de abril 1967), y se llevaron cinco cuestiones a votación:

1. ¿Se acepta que la fórmula de la consagración del vino sea la misma en las tres nuevas plegarias eucarísticas? Resultado: 31 *placet*; 2 *non placet*.
2. Ya que aún algunos encuentran dificultad en la supresión del inciso «*Mysterium fidei*» en las palabras sobre el cáliz, se pregunta si se admite su supresión en las nuevas plegarias eucarísticas. Resultado: 26 a favor de suprimirlo; 6 a favor de mantenerlo; 1 abstención.
3. ¿Se acepta que en la consagración del vino se conserve la palabra *calix*? Resultado: 28 *placet*; 5 *non placet*.
4. ¿Cuál de las dos fórmulas eligen los Padres: A. «*Hic est enim calix Novi et aeterni Testamenti qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*»; B. «*Hic est enim calix sanguinis mei Novi et aeterni Testamenti qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*»? Resultado: fórmula A: 9 *placet*; fórmula B: 24 *placet*
5. ¿Se acepta que en las nuevas plegarias eucarísticas se añada la fórmula bíblica: «*Hoc facite in meam commemorationem*»? Resultado: 28 *placet*; 5 *non placet*.

Es una lástima que, pese a aceptar la mención del cáliz, no se haga referencia al banquete del Reino ni se destaque el matiz que acentúa la tradición paulina y lucana: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre» (1Co 11,25; cf. Lc 22,20); donde se afirma que la nueva alianza está sellada con la sangre (la vida entregada, el amor hasta el extremo) de Jesús. ¿Por qué no se insiste suficientemente en la alianza de Dios con toda la humanidad? Y así poner en relieve el amor de Dios manifestado en Jesucristo entregado (Jn 3,16).

Por eso, en una hipotética futura revisión del relato institucional, sería necesario proponer por fidelidad al modelo dejado por Jesús que las palabras sobre el cáliz sean: *Este es el cáliz de la alianza nueva y eterna en mi sangre derramada por todos y en remisión de los pecados. Haced esto, en conmemoración mía y hasta que llegue el Reino de Dios.*

JAUME FONTBONA

¡Grito de la tierra, grito de los pobres!

Por Bernabé Dalmau, a partir de la encíclica «Laudato sí» del papa Francisco

Pérdida de biodiversidad

Los recursos de la tierra también están siendo depredados a causa de formas inmediatistas de entender la economía y la actividad comercial y productiva. La pérdida de selvas y bosques implica al mismo tiempo la pérdida de especies que podrían significar en el futuro recursos sumamente importantes, no solo para la alimentación, sino también para la curación de enfermedades y para múltiples servicios. Las diversas especies contienen genes que pueden ser recursos claves para resolver en el futuro alguna necesidad humana o para regular algún problema ambiental.

Pero no basta pensar en las distintas especies solo como eventuales «recursos» explotables, olvidando que tienen un valor en sí mismas. Cada año desaparecen miles de especies vegetales y animales que ya no podremos conocer, que nuestros hijos ya no podrán ver, perdidas para siempre. La inmensa mayoría se extingue por razones que tienen que ver con alguna acción humana. Por nuestra causa, miles de especies ya no darán gloria a Dios con su existencia ni podrán comunicarnos su propio mensaje. No tenemos derecho (*Laudato sí*, 32-33).



La biodiversidad no es cuestión de estética. Es cuestión de equilibrio de la creación. Tenemos un buen ejemplo, muy reciente, en todo lo que ha representado el Sínodo de la Amazonía, con la exhortación postsinodal y, más cercano, en la obra de Pedro Casaldàliga, recientemente fallecido, y de tantos otros cristianos que han conocido de cerca el lugar que ocupa la persona humana en su contexto biológico. Y no solo en las selvas o en las grandes regiones más o menos despobladas sino también en el mundo industrializado, que no puede prescindir de la cercanía de las tierras de cultivo que proporcionan alimentos de proximidad. Todas las criaturas están conectadas, y todos los seres nos necesitamos unos a otros.

«TOCAR O NO TOCAR» ESA ES LA CUESTIÓN

Una de las mayores originalidades de los sacramentos cristianos consiste en ser una mediación palpable y concreta de la comunicación entre las personas y Dios. Ciertamente esta comunicación, por lo menos desde la encarnación de Jesús, no es solamente espiritual, sino que incluye el cuerpo, los sentidos y el contacto directo.

Debido a la crisis epidemiológica causada por el COVID19, desde marzo de 2020 se ha vuelto complejo este contacto directo con los signos sacramentales. Las misas están restringidas en número y en muchos casos se han vuelto virtuales; se han suspendido primeras comuniones y se ha preguntado acerca de si tocar o no a los niños para ungirlos en los bautismos; la unción de enfermos se ha vuelto especialmente problemática en hospitales donde los ministros no disponen en la mayoría de los casos del equipamiento adecuado para evitar justamente el contacto directo; y la lista de ejemplos continúa.

Propuestas de lo más variadas han ido surgiendo desde modificar a los agentes de los sacramentos como, por ejemplo, que sean los médicos quienes unjan al enfermo mientras el ministro está orando a distancia, que los padres hagan la señal de la cruz sobre los futuros bautizados u otras alternativas virtuales como que las celebraciones eucarísticas se sigan en *streaming*. No está de más señalar que estas alternativas dadas por la urgencia de la realidad, antes de esta epidemia eran impensables o se consideraban

inapropiadas. De hecho, plantean cuestiones centrales a la comprensión sacramental como mediación corporal de la comunicación con Dios.

No planteamos aquí respuestas y ni siquiera posibles alternativas sino solamente que señalamos las preguntas que se han vuelto nucleares en la dimensión sacramental. ¿Dónde está ahora la mediación corporal de la comunicación con Dios? ¿Cuáles son los signos, gestos o ritos que median con validez la sacramentalidad? Estos ritos que nos vienen dados, ¿pueden verse modificados en su centro mismo? ¿Qué tiene que ver la eclesialidad con la presencia «física» de los creyentes? ¿Hay comunidad eclesial si esta se reúne virtualmente? ¿Qué lugar ocupa la presencia física de los ministros?...

Tocar o no tocar, esa fue siempre una cuestión a la que los sacramentos ofrecen ciertas respuestas de manera afirmativa. Hoy se nos impone volver a preguntarnos si esto es posible y viable, si las mediaciones pueden ser modificadas y si podemos encontrar en la realidad misma signos de transformación. La situación de emergencia puede ser transitoria y así estas preguntas pasarían a ser un paréntesis sacramental que no afectaría a la comprensión teológica. Sin embargo, la realidad que nos toca vivir nos interpela hoy en el centro de nuestra fe que se hace cuerpo y materialidad y abre así posibilidades nuevas de reflexión. No la desaprovechemos.

PAULA DEPALMA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona
☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LIII

Suscripción anual: 85,50 €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975